

El campo historiográfico en Paraguay en la primera mitad del siglo XX: condicionamientos y monopolio interpretativo

The Historiographic Field in Paraguay in the First Half of the 20th Century: Determining Factors and Interpretative Monopoly

Tomás Sansón Corbo
Universidad de la República (Uruguay)
slbt@hotmail.com

Resumen

En este artículo se estudian las condiciones de producción de conocimiento histórico en Paraguay durante la primera mitad del siglo XX, con el propósito de identificar los factores de carácter estructural que ralentizaron el proceso de configuración de su campo historiográfico. Se examinan las razones por las cuales, en el caso paraguayo, no se articularon de manera adecuada las sinergias entre las dinámicas endógenas y los estímulos externos, lo que trajo un modelo de disciplina diferente del de los demás Estados de la región platense.

Palabras clave

Paraguay, historia de la historiografía, nacionalismo, campo historiográfico.

Abstract

This article examines the conditions of production of historical knowledge taken place during the first half of the twentieth century in Paraguay, to identify the structural factors that slowed down the process of formation of its historiographic field. The purpose is to discuss the reasons why there were not adequate synergies between endogenous dynamics and exogenous spurs in Paraguay case. This brought a pattern in the discipline which was different from the rest of States of the River Plate region.

Key Words

Paraguay, history of historiography, nationalism, historiographic field.

Introducción

Los procesos de surgimiento y consolidación del conocimiento histórico en los Estados de la Cuenca del Plata estuvieron íntimamente relacionados con las formas de articulación y resolución de las sinergias entre las dinámicas endógenas (demandas y requerimientos socioculturales, ideológicos, económicos y epistémicos) y los acicates exógenos (influencias de autores, corrientes y obras referenciales del exterior). Un análisis primario de las condiciones en que se desarrolló la indagación del pretérito en Paraguay sugeriría que esta interfaz no se articuló de manera efectiva.

Existe una relación directa entre la posición y el peso geopolítico de los Estados de la región platense con el devenir del conocimiento histórico en cada uno de ellos. El territorio de la Cuenca presenta un contorno bipolar en el que se diferencian los grandes países (Argentina y Brasil) y los Estados-Frontera (Paraguay y Uruguay).¹ Los primeros pugnan por imponer su hegemonía y los segundos oscilan entre uno y otro en función de sus intereses y de acuerdo a los diversos contextos de controversia. Las restricciones impuestas a Paraguay por su mediterraneidad contribuyeron a generar una praxis historiográfica de “anclaje patriótico”. El aislacionismo primero y el duro proceso de reconstrucción posterior a la guerra de la Triple Alianza condicionaron cierto retraimiento cultural.² Esta realidad contrasta con la situación, ritmos y recursos de Brasil y Argentina. La ubicación de Uruguay en la desembocadura del estuario lo colocó en un estadio de desarrollo historiográfico intermedio: su limitación de recursos se compensó con el carácter de “puerto abierto” a las corrientes culturales internacionales.

Los campos historiográficos en los Estados de la región platense

Las condiciones de producción de conocimiento histórico en el Brasil imperial fueron más favorables que las existentes en las Repúblicas limítrofes. Esto permitió una temprana y exitosa institucionalización que estimuló la puesta en marcha de programas de búsqueda de documentos, orientada de acuerdo a planes concienzudamente elaborados y que contaron para su implementación con el apoyo del gobierno. El modelo del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro (1838) fue un paradigma que inspiró la creación del Instituto Histórico y Geográfico Nacional en Montevideo (1843) y del Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata en Buenos Aires (1854), antecedentes lejanos del Instituto Histórico y Geográfico de Uruguay y de la Academia Nacional de la Historia de Argentina. La excentricidad de Paraguay, en relación a la dinámica general del espacio historiográfico rioplatense, determinó una evolución particular.³

En el siglo XX tendieron a cristalizar las tendencias esbozadas en el XIX. En Brasil, Argentina y Uruguay se configuraron de manera efectiva, a mediados de la

¹ Sobre el tema Gerardo Caetano (ed.), *Mercosur veinte años* (Montevideo: CEFIR, 2011).

² Conflicto que enfrentó entre 1865 y 1870 a Paraguay con las fuerzas coaligadas de Argentina, Brasil y Uruguay. Paraguay fue derrotado y las consecuencias fueron trágicas desde el punto de vista demográfico, económico, político y cultural.

³ Véase Tomás Sansón Corbo, *Despertar en Petrópolis. Andrés Lamas y la influencia de Brasil en la Historia de los Estados de la Cuenca del Plata en el siglo XIX* (Montevideo: Sicut Serpentes, 2015).

centuria, los campos historiográficos nacionales. En Brasil, durante el período de la “Vieja República” (1889-1930), comenzó a erosionarse el pretendido monopolio interpretativo del Instituto Histórico y Geográfico. Uno de los aportes más interesantes lo realizó João Capistrano de Abreu (1853-1927), quien incorporó en su indagatoria cuestiones económicas, sociales y culturales que trascendían lo político.⁴ Entre las décadas de 1920 y 1940, el país experimentó un período de inestabilidad política y económica que influyó en la intelectualidad de la época. Las universidades pasaron a tener la preeminencia en la gestión general de la investigación sobre el pasado; el concurso de Fernand Braudel (1902-1985) en la misión francesa que colaboró, entre 1935 y 1937, en la organización Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo, fue importante para la formación de nuevas generaciones de investigadores. Aumentó la producción de obras de carácter heurístico y colecciones seriadas como *Coleção Brasileira* (San Pablo, 1931). Los intereses historiográficos tendieron a centrarse “sobre los elementos constitutivos de la nación y su significado”.⁵ Surgieron autores como Caio Prado Junior (1907-1990), Gilberto Freyre (1900-1987) y Sergio Buarque de Holanda (1902-1982) que indagaron el pretérito con perspectivas renovadoras; practicaron una historiografía focalizada en la diversidad y las problemáticas locales que divergía con los ensayos unificadores y de síntesis del siglo XIX.

La historiografía argentina experimentó, a principios del siglo XX, una fase de transición. Apareció una nueva generación de investigadores, conocida como “Nueva Escuela Histórica”, cuyos integrantes –Ricardo Levene (1885-1959), Rómulo Carbia (1885-1944), Emilio Ravignani (1886-1954)– hicieron del rigor metodológico su norma. Supieron responder a las demandas de “una reescritura de la historia patria capaz de satisfacer las expectativas depositadas en su poder cohesionador” y que posibilitara “fundar simbólicamente los valores colectivos cimentadores de un nuevo nacionalismo”.⁶ La emergencia de esta corriente fue contemporánea con la institucionalización y la profesionalización de los estudios históricos, proceso que tuvo como principales referentes a la Junta de Historia y Numismática Americana, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1896) y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (1920). La Junta se fundó en 1891. Era una corporación privada, pero al servicio del Estado, al cual asesoraba a cambio de subsidios; en 1938 se transformó en Academia Nacional de la Historia. Los centros superiores de formación en Historia contaron a partir de 1920 con el liderazgo de Emilio Ravignani (UBA) y Ricardo Levene (UNLP). El campo historiográfico argentino se dinamizó debido a la competencia por preeminencia epistemológica y hegemonía funcional entre los agentes que actuaban en los centros referidos. El advenimiento del peronismo provocó cambios importantes debido a la remoción de sus cargos de algunos referentes como Ravignani.

La historiografía uruguaya estaba dominada a comienzos del siglo XX por un conjunto de intelectuales, entre los que sobresalía Alberto Palomeque (1852-1937), que

⁴ Jaume Aurell y otros, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico* (Madrid: Akal, 2013), 397.

⁵ *Ibid.*, 398.

⁶ Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2009), 143.

practicaban una “historiografía tradicional”, estrechamente nacionalista; pertenecían a familias del antiguo patriciado y utilizaban documentos provenientes de archivos de sus antepasados.⁷ Fueron superados por otro grupo –Pablo Blanco Acevedo (1880-1935), Luis Alberto de Herrera (1873-1959) y Juan Pivel Devoto (1910-997)—⁸ que ensayó una historia de carácter social y económico; varios de sus integrantes pertenecían a las clases medias y tenían escasos vínculos con las familias tradicionales. El proceso de institucionalización y profesionalización fue tardío: en 1915 se refundó el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, en 1945 se creó la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República y en 1949 el Instituto de Profesores Artigas. El Instituto Histórico nació como “una entidad privada subsidiada por el Estado con la contrapartida de prestarle asesoramiento”.⁹ Sus referentes pretendieron ejercer su “peso funcional” con la intención de normalizar el acceso al campo en formación. La Facultad funcionó inicialmente como un conglomerado de cátedras; los docentes y estudiantes de Historia plantearon a las autoridades la creación de un Instituto de Investigaciones similar al de la UBA y propusieron a Emilio Ravignani (que había sido destituido de su cargo por el peronismo) como candidato para la dirección; este aceptó el ofrecimiento y organizó el Instituto con los criterios de la “Nueva Escuela” argentina. El Instituto de Profesores surgió con el objetivo de formar docentes para la enseñanza media; dependía jerárquicamente del Consejo de Secundaria y carecía de autonomía técnica. Pivel se incorporó como docente en el área de Historia y ejerció una influencia determinante. En la década de 1950 egresaron las primeras promociones de profesionales de la historia; éstos se concentraron en torno a corrientes e instituciones que compitieron y pusieron en cuestión los paradigmas teórico-metodológicos de la tendencia tradicional.

Los procesos de Brasil, Argentina y Uruguay, sucintamente reseñados, demuestran que la existencia de diversos ámbitos de socialización académica y formación superior dinamiza la competencia entre los agentes del campo y contribuye a establecer nuevas normas de legitimidad (titulación profesional). La producción de conocimiento se alojó, preponderantemente, en las universidades. Los agentes lograron mayores márgenes de autonomía financiera y técnica; establecieron vínculos a nivel institucional y/o personal (nacionales e internacionales) que favorecieron la circulación de insumos y recursos. En los tres casos fue muy significativo el aporte de historiadores extranjeros contratados por universidades locales con el propósito de contribuir a la innovación teórica y metodológica; los ejemplos más representativos fueron: Rafael Altamira (1866-1951) en la Universidad de la Plata (1909), Fernand Braudel y la “misión francesa” en San Pablo (1935-1937) y Emilio Ravignani y José Luis Romero (1909-1977) en Montevideo, en la recientemente fundada Facultad de Humanidades y Ciencias (1947).

Los vínculos de intercambio, la contratación de referentes extranjeros y la existencia de ámbitos institucionales y formativos funcionaron como espacios efectivos de interfaz entre las demandas endógenas y los acicates exógenos. En esos ámbitos se articularon las sinergias que posibilitarían la configuración, con diversidad de ritmos, de los campos historiográficos nacionales de Brasil, Argentina y Uruguay. Estos procesos

⁷ Carlos Zubillaga, *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX* (Montevideo: Librería de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2002), 148.

⁸ Carlos Zubillaga, “Historiografía y cambio social”, *Cuadernos del CLAEH*, 24 (1982): 35-6 (23-48).

⁹ C. Zubillaga, *Historia e historiadores*, 91.

no se organizaron de manera efectiva en Paraguay, lo que explica, en última instancia, el carácter inercial de su historiografía en relación a la de sus vecinos de la región platense.

La historiografía paraguaya en la primera mitad del siglo XX

La producción de conocimiento histórico en Paraguay estuvo condicionada por una serie de factores que ejercieron un efecto inercial (situación geográfica, peculiaridades étnico-lingüísticas, gobiernos autoritarios, guerras traumáticas, “aislacionismo” cultural).¹⁰ Desde fines del siglo XIX comenzó a articularse un *habitus* particular, informado por un nacionalismo excluyente de cariz belicista, que tuvo a Juan E. O’Leary (1879-1969), entre sus principales gestores.¹¹ Los historiadores quedaron inmersos en una situación de heteronomía estructural, es decir, perdieron la autonomía para ejercer su labor.

En la década de 1870 se articularon dos proyectos ideológicos hegemónicos, identificados por Raúl Amaral con los términos de “regeneración” y el de “reconstrucción”.¹² El primero, formulado por antiguos exiliados de los gobiernos de Carlos Antonio¹³ y Francisco Solano López¹⁴ –Juan Silvano Godoy (1846-1926), José Segundo Decoud (1848-1909)–, consideraba necesario crear de nuevo, “fundar”, al país. El segundo, planteado por los “veteranos” de guerra –José Falcón (1810-1881), Juan Crisóstomo Centurión (1840-1909)–, buscaba rescatar los cimientos materiales y espirituales de la nación. A esos proyectos se adhirieron los miembros de la nueva elite dirigente. Estuvieron en tensión dialéctica y cargados de interpretaciones pretéritas. Los regeneracionistas pugnaron por imponer una interpretación liberal del pasado, fundamentada en la demonización del Mariscal Francisco Solano López. Esta tendencia fue efímera, y en las décadas de 1880 y 1890 comenzó a mostrar signos de erosión.¹⁵

Al despuntar el siglo XX se produjo un replanteamiento de la cuestión historiográfica y el comienzo de la rehabilitación de la figura del Mariscal. Los integrantes de la *Generación del 900* establecieron las bases de una interpretación más

¹⁰ Liliana Brezzo, “El Paraguay en cinco momentos historiográficos: ritos y perspectivas”, en Juan Manuel Casal y Thomas Whigham (eds.), *Paraguay: el nacionalismo y la guerra. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales de Historia del Paraguay en la Universidad de Montevideo* (Asunción: Tiempo de Historia-Universidad de Montevideo, 2009): 61 (61-78).

¹¹ *Habitus*: un “sistema de las disposiciones socialmente constituidas que, [...] son el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo de agentes”. Condiciona el tipo de comportamiento, las “prácticas”, asumido por un individuo en un determinado campo. Tiende a producir (y a explicar) las prácticas objetivas de los agentes que participan en el “juego”, y hacen que el campo funcione. Véase Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto* (Buenos Aires: Montessor, 2002), 106; y del mismo autor, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos* (Madrid: Akal, 2001), 239-40.

¹² Raúl Amaral, *Escritos Paraguayos II. El magisterio de la libertad* (Asunción: Biblioteca Virtual del Paraguay, 1984), 29.

¹³ Carlos Antonio López (1792-1862) ocupó la presidencia de Paraguay entre 1844 y 1862. Promovió una política de modernización cultural y económica.

¹⁴ Francisco Solano López (1827-1870) fue uno de los personajes más polémicos de la historia de Paraguay. En 1862 sucedió en la presidencia a su padre, Carlos Antonio López, y tuvo un rol fundamental en el proceso que culminó en el desencadenamiento de la Guerra de la Triple Alianza.

¹⁵ Luc Capdevila, *Una guerra total: Paraguay, 1864-1870* (Buenos Aires: SB, 2010), 181.

próxima a la ideología de la “reconstrucción”. Resultaron significativos los aportes de Blas Garay (1873-1899)¹⁶ y de Juan O’Leary. Garay fue responsable de una escueta pero interesante producción. Esbozó una visión sobre la historia nacional, documentada y erudita, que no pudo profundizar debido a su muerte prematura.¹⁷ Dejó un espacio que ocupó Juan O’Leary, quien adquirió notoriedad a partir de una célebre polémica periodística que mantuvo, entre noviembre de 1902 y febrero de 1903, con Cecilio Báez,¹⁸ en la que exaltó el heroísmo paraguayo y la conducta de Francisco Solano López. Esta interpretación obtuvo amplio respaldo social y se impuso como hegemónica.

Para Liliana Brezzo, el “éxito” de O’Leary condujo “a la historia en Paraguay [...] a un verdadero atolladero del que parece no poder zafar aún, prisionera de una serie de apriorismos y de rígidos moldes que determinan aún su práctica en el país”. La polémica, “a diferencia de lo que suele ocurrir en los debates entre historiadores [...] no contribuyó a la consolidación de la disciplina histórica en el sentido de que ninguno basó sus argumentaciones en experiencia en los archivos”.¹⁹ La guerra contra la Triple Alianza se convirtió en tema fundamental, evento catalizador del ser nacional. O’Leary batalló exitosamente durante las cuatro primeras décadas del siglo XX para imponer su relato. El denominado “revisionismo paraguayo” venció en la puja por el monopolio interpretativo del pasado y contribuyó a la gestación de un *habitus* nacionalista, de cariz belicista, que postergó la práctica de la Historia entendida como indagatoria racional y documentada.

Durante ese proceso existieron iniciativas interpretativas afines a la tendencia esbozada por Garay que estuvieron acicateadas por los problemas planteados por el diferendo limítrofe con Bolivia. Aumentó notoriamente la producción de autores como Efraín Cardozo (1906-1973), Julio César Chaves (1907-1989) y Antonio Ramos (1907-1984), entre otros, que practicaron el rigor heurístico. Se fundaron, además, instituciones emblemáticas como el Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas (IPIH), en 1937, y la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, en 1948.²⁰ El IPIH se creó el 15 de agosto de 1937 a iniciativa de un grupo de intelectuales entre los que figuraban Adolfo Aponte (1874-1949), Ramón I. Cardozo (1876-1943), Antonio Ramos y el argentino Enrique de Gandía (1906-2000).²¹ Nació como institución no

¹⁶ Garay fue nombrado Secretario de la Legación Paraguaya en España y se le comisionó al Archivo de Indias “para estudio y recopilación de los documentos relativos al problema de límites con Bolivia” (Carlos Zubizarreta, *Cien vidas paraguayas* [Asunción: Servilibro, 2011], 165). En España desarrolló una febril actividad de investigación. Publicó en 1897 cuatro obras fundamentales que inauguran la “historiografía nacional” y “ofrecen un modelo erudito de escribir la historia, apoyada en documentos” (Liliana Brezzo, “En el mundo de Ariadna y Penélope: hilos, tejidos y urdimbre del nacimiento de la historia en el Paraguay”, estudio crítico de Cecilio Báez y Juan Emiliano O’Leary, *Polémica sobre la Historia del Paraguay* [Asunción: Tiempo de Historia, 2008]: 20 [13-68]).

¹⁷ Fue asesinado el 18 de diciembre de 1899. Tenía 26 años.

¹⁸ Cecilio Báez (1862-1941) fue un destacado político, periodista e intelectual paraguayo que ocupó la presidencia del país entre el 9 de diciembre de 1905 y el 25 de noviembre de 1906.

¹⁹ Liliana Brezzo, “¡La gran polémica continúa!”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, París, <https://nuevomundo.revues.org/48832> [consulta 16 julio 2016].

²⁰ L. Brezzo, “El Paraguay en cinco momentos”, 74-5.

²¹ Uno de sus antecedentes más lejanos fue el Instituto Paraguayo, fundado en 1895, que se transformó en la principal institución cultural de 1900, un espacio propicio para el cultivo de las artes en general y del

oficial que recibió esporádicos aportes del Estado. Durante la primera etapa de su existencia, entre 1937 y 1956, se establecieron vínculos con instituciones similares de la región como el Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro, la Junta de Historia y Numismática de la Argentina y el Instituto Histórico y Geográfico de Uruguay. Autores como Emilio Ravignani, Ricardo Levene (Argentina), José Carlos de Macedo Soares (1883-1968) y el brasileño Virgilio Correa Filho (1887-1973) fueron nombrados miembros correspondientes.

Las alternativas políticas dificultaron el normal funcionamiento del Instituto. En 1947 varios socios, afiliados al partido liberal –Carlos Pastore (1907-1996), Pablo Max Insfrán (1894-1972), Efraím Cardozo, Julio César Chaves y Justo Pastor Benítez (1895-1963)– debieron marchar al exilio. Retornaron paulatinamente en la década de 1950 y procuraron normalizar las actividades en el contexto de las fuertes restricciones impuestas por el gobierno del general Alfredo Stroessner a partir de 1954. En 1956 comenzó a publicarse un Anuario denominado *Historia Paraguaya*.

Algunos de los miembros más destacados del IPIH (Efraím Cardozo, Antonio Ramos, Julio César Chaves) contribuyeron a implementar la Sección Historia de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción. La Facultad fue creada el 16 de febrero de 1948, a través del Decreto-ley n° 24.929, firmado por el Presidente Higinio Morínigo. La iniciativa respondía a un consenso existente entre los miembros de la intelectualidad paraguaya sobre la conveniencia de formalizar los estudios humanísticos.²² La norma establecía que los objetivos del centro serían: a) “la formación de los profesores para la docencia secundaria y normal”; b) “la enseñanza de las disciplinas culturales indispensables para el ejercicio metódico de las altas actividades del espíritu”; y c) “la realización de investigaciones en los diversos dominios del saber”.²³ Se trataba de aspiraciones nobles de dudosa concreción en lo inmediato. Los avatares políticos determinaron la intervención de la Universidad el 9 de marzo. La libertad de cátedra y la autonomía –factores fundamentales para el desarrollo científico– quedaron restringidas. El Dr. Juan Vicente Ramírez fue designado decano. Las actividades se inauguraron el 10 de abril de 1948.

La Facultad se organizó en diversas secciones (Letras, Pedagogía, Historia, Matemáticas y Filosofía). La Licenciatura en Historia fue de las más pujantes. En 1955 el plan de la carrera pasó de tres a cuatro años de duración. Irma Isnardi y Rafael Eladio Velázquez (1926-1994) fueron los primeros doctorados en Historia. En esa etapa “se realizaba una historia más centrada en un personaje [...] antes que un estudio de la sociedad en sus diferentes aspectos”.²⁴ Las esperanzas cifradas en la carrera de Historia

conocimiento histórico en particular. Su existencia culminó en 1933, cuando se fusionó con el Gimnasio Paraguayo y dio lugar al nacimiento –refundación en realidad– del Ateneo Paraguayo.

²² En 1939 se creó, por Decreto-Ley n° 14.836, una Facultad Libre de Humanidades que comenzó a funcionar en 1943 y lo hizo apenas por dos años. En 1941 las autoridades del Ateneo Paraguayo presentaron al Rector de la UNA un proyecto, que no tuvo andamio, para crear una Facultad de Humanidades. Entre 1944 y 1947 funcionó un Instituto Libre de Humanidades auspiciado por el Centro Cultural Paraguayo-Americano. En 1944 el gobierno de Higinio Morínigo estableció una Escuela Superior de Humanidades que sirvió de base para la futura la Facultad de Filosofía.

²³ Mary Monte de López Moreira, *Evolución histórica de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción* (Asunción: UNA, 2012), 47.

²⁴ *Ibid.*, 67.

–para la profesionalización de la práctica– no prosperaron debido a las condiciones políticas y epistémicas imperantes durante el gobierno de Stroessner.²⁵ Se afirmó entonces un discurso nacionalista firmemente anclado en los axiomas de O’Leary (aislacionista, funcional y sostenido por el Estado) y se estableció un férreo control estatal de la enseñanza de la historia.²⁶ Tal heteronomía contribuyó al aherrojamiento del saber, favoreció la inercia epistemológica y, por ende, entorpeció la consolidación de un campo disciplinario.

El decano de la Facultad había expuesto, en su discurso inaugural, el deseo de que la institución ganara “el mismo prestigio de sus similares en el extranjero”.²⁷ Esta aspiración parecía difícil de concretar en lo inmediato pues en Uruguay, Argentina y Brasil, las condiciones de emergencia de centros análogos habían sido muy diferentes. El autoritarismo del presente era convalidado por una pedagogía de la historia que glorificaba a los “hombres fuertes”, los fundadores de la nacionalidad. Morínigo y Stroessner eran continuadores y herederos legítimos de Francia y los López. Cualquier interpretación disonante con la historia oficial –consagrada legalmente en una serie de leyes y decretos de 1940, 1956 y 1973–²⁸ era rechazada y condenada.²⁹

Acción de factores exógenos: pistas de un itinerario errático

Cuando estudiamos los procesos de configuración de los campos historiográficos en Argentina, Brasil y Uruguay indicamos que la influencia de factores exógenos fue efectiva y favoreció los espacios de interfaz en los que se articularon sinergias dinamizadoras. Establecimos, además, que en Paraguay la situación fue distinta. Vamos a procurar explicar las razones de esa singularidad analizando dos fenómenos concretos: a) las características especiales que tuvieron los vínculos interpersonales establecidos por los historiadores paraguayos con sus colegas de la región (en particular con uruguayos); y b) la debilidad de las contribuciones de referentes extranjeros en instituciones académicas locales.

a) Vínculos intelectuales entre historiadores paraguayos y uruguayos. Límites y rémoras

La imposición de la interpretación histórica de O’Leary contribuyó a generar un *habitus* de carácter excluyente y articulado en un relato autosustentable y esquemático. Ese *habitus* encorsetó las prácticas de los agentes, relegó a un segundo plano operaciones heurísticas complejas, desalentó especulaciones hermenéuticas y ralentizó la configuración de un campo disciplinario. La dimensión y los efectos de este

²⁵ Liliana Brezzo, “El historiador y el general: imposiciones y disensos en torno a la interpretación pública de la historia en Paraguay”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, París, <http://nuevomundo.revues.org/67479> [consulta 16 julio 2016].

²⁶ Véase Adrew Nickson, “El régimen de Stroessner (1954-1989)”, en Ignacio Telesca (coord.), *Historia del Paraguay* (Asunción: Taurus, 2010), 265-94.

²⁷ M. M. de López Moreira, *Evolución histórica*, 48.

²⁸ Milda Rivarola, “Filosofías, pedagogías y percepción colectiva de la historia en el Paraguay”, *Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia*, vol. 38 (2001): 40 (37-60).

²⁹ En 1957, por ejemplo, el historiador Benjamín Velilla “fue desterrado por haberse permitido una discreta crítica a la capacidad militar” del Mariscal López (Guido Rodríguez Alcalá, *Ideología autoritaria* [Asunción: Servilibro, 2007], 125).

fenómeno pueden apreciarse a través del análisis de las redes intelectuales establecidas por historiadores paraguayos con sus colegas de la región platense.

Los circuitos de intercambio intelectual constituyen, en general, espacios de interfaz privilegiados para dinamizar teórica y metodológicamente las prácticas historiográficas. El caso paraguayo no fue así. Para el análisis de tal cuestión apelaremos a la correspondencia mantenida entre algunos de los principales historiadores guaraníes con tres colegas uruguayos: Alberto Palomeque, Luis Alberto de Herrera y Juan Pivel Devoto. En los archivos de estos autores encontramos información que permite evaluar ciertas disfunciones, en los espacios de interfaz, entre los acicates exógenos y las potencialidades endógenas de la historiografía paraguaya. Es posible, además, observar la puja y las modalidades de resolución entre tendencias e interpretaciones disímiles.

Alberto Palomeque fue un representante de la historiografía tradicional uruguaya. Jurista e historiador de prestigio, residió largas décadas en Buenos Aires. Fue miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana. Mantuvo un rico y fluido intercambio con Adolfo Decoud (1852-1928), uno de los letrados paraguayos más representativos de la ideología de la “regeneración”.³⁰ La correspondencia entre Decoud y Palomeque se inició en torno a 1904 y se prolongó hasta la muerte del paraguayo en 1928.³¹ Resultan particularmente interesantes algunas observaciones sobre las interpretaciones históricas de Luis Alberto de Herrera.

En mayo de 1926, Decoud le solicitó a Palomeque la divulgación en la revista *Crítica* de dos cartas públicas dirigidas a Herrera.³² Cuestionaba en ellas la “ridícula adhesión” de Herrera al “homenaje que se pretendió tributar al bárbaro Solano López”.³³ Se refería a uno de los primeros homenajes públicos y oficiales realizados en Asunción, el 24 de julio de 1926, en honor de la memoria del Mariscal con motivo del centenario de su natalicio. En otra carta del 29 de junio, retoma los cuestionamientos a Herrera debido a la publicación del libro *El Drama del 65: la culpa Mitrista*. Lo considera una verdadera “diatriba contra el grande hombre”.³⁴ En las misivas citadas

³⁰ Adolfo Decoud actuó en Asunción en los primeros años de posguerra desempeñándose como periodista y miembro del Supremo Tribunal de Justicia. Participó en la redacción de *La Regeneración*. En el primer número del periódico escribió un artículo titulado “Nuestro Pasado” en el que expuso una síntesis de los postulados más extremos de la interpretación liberal de la historia paraguaya. Regresó a Buenos Aires donde ejerció como abogado y periodista. Estuvo siempre al tanto de la marcha de los asuntos en su patria y la representó en el Congreso Pedagógico de 1882 realizado en Buenos Aires. Tuvo activa participación en la masonería. En 1897 fue aceptado como académico de número de la Junta de Historia y Numismática Americana.

³¹ El intercambio contiene evocaciones anecdóticas sobre antepasados familiares y valoraciones negativas en torno a José Artigas en las que se aprecian conceptos característicos de la vieja historiografía argentina de matriz unitaria.

³² La revista *Crítica Jurídica, Histórica y Literaria*, era editada en Buenos Aires por Palomeque en la década de 1920.

³³ Museo Histórico Nacional (en adelante: MHN). Archivo de Alberto Palomeque (en adelante: AAP). Carta de Adolfo Decoud a Alberto Palomeque. Buenos Aires, 25 de mayo de 1926, carpeta (en adelante: c.) 4056, tomo (en adelante: t.) XLVIII.

³⁴ MHN. AAP. Carta de Adolfo Decoud a Alberto Palomeque. Buenos Aires, 29 de junio de 1926, c. 4056, t. XLVIII.

palpitan conceptos esbozados por Decoud en 1869, en el periódico *La Regeneración*, que estaban totalmente superados en la década de 1920 debido a prédica de O'Leary.

El prestigio intelectual de Palomeque determinó que historiadores de las más diversas tendencias lo contactaran para difundir sus obras en Buenos Aires, obtener consejos bibliográficos o sugerencias documentales. Efraím Cardozo le escribió una carta en 1935 a la que adjuntó un ejemplar de *El Chaco y los virreyes*,³⁵ obra recientemente publicada. Cardozo sostiene que en ese libro pretendió demostrar, con fundamento documental, que:

[...] la única jurisdicción ejercida y admitida en el Chaco, dentro del Virreinato del Río de la Plata, fue la de las autoridades de Asunción. Mi trabajo no tiene ningún carácter polémico. Sus páginas no están estremecidas por el turbión de las pasiones que hoy sacuden a dos pueblos en los linderos del Chaco ensangrentado. Si hay en él algún sentimiento exaltado es el de amor a la verdad y la justicia. [...] No es una obra de propaganda. Está destinada exclusivamente al público restringido pero selecto, de quienes son capaces de sopesar las razones en una polémica de carácter jurídico-histórico como es esta.³⁶

El paraguayo pretende tomar distancia de las pasiones del presente. Argumenta que el principal móvil de su trabajo fue la búsqueda de la verdad histórica. Lo expone convencido (aparentemente) de que el rigor documental es fundamental a la hora de reconstruir el pretérito con cierta objetividad. Las cartas de Decoud y Cardozo evidencian que –en la década de 1920 y a comienzos de la de 1930– existían perspectivas historiográficas alternativas: una alineada en la orientación regeneracionista y otra en la tradición documental inaugurada por Garay. Ninguna prosperó pues resultaban disfuncionales con las dinámicas historiográficas endógenas que terminarían imponiendo el “revisionismo” de O'Leary. En el archivo de Luis Alberto de Herrera encontramos más evidencias de ese proceso.

Herrera fue una de las figuras políticas más importantes del Uruguay en el siglo XX. Figura y líder indiscutible del Partido Nacional durante cinco décadas, tuvo una destacada actividad periodística e intelectual. Se transformó en el principal representante –y uno de los pioneros en el Río de la Plata– del revisionismo histórico. Mantuvo vínculos con Antonio Ramos, Enrique Solano López, Fulgencio Moreno, Ignacio Pane, Manuel Domínguez y Juan O'Leary, entre otros.³⁷

La abundante correspondencia intercambiada entre O'Leary y Herrera ilustra sobre los avatares de la lucha por la memoria. O'Leary asumió la reivindicación de Francisco Solano López como un imperativo patriótico, el apostolado de su vida. Reiteradas veces comenta en tono victorioso los pormenores de las conferencias o actos en los que participaba: “Mi conferencia del 10 de noviembre [de 1923] ha sido [...] el

³⁵ MHN. AAP. Carta de Efraím Cardozo a A. Palomeque. Buenos Aires, 16 de abril de 1935, c. 4040, t. XXXII.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Véase María Laura Reali, “Los intercambios epistolares entre Luis A. de Herrera y Juan E. O'Leary en el período de surgimiento y consolidación de un movimiento historiográfico revisionista sobre la Guerra del Paraguay”, en Juan Manuel Casal y Thomas Whigham (eds.), *Paraguay en la historia, la literatura y la memoria. Actas de las II Jornadas Internacionales de Historia del Paraguay en la Universidad de Montevideo* (Asunción: Tiempo de Historia-Universidad de Montevideo, 2011), 391-410.

triunfo más ruidoso de mi propaganda. [...] Terminé pidiendo un monumento nacional al Mariscal López, siendo saludadas mis palabras con delirantes vítores y aplausos”.³⁸ Concebía la labor como una cruzada por la verdad histórica en la que, finalmente, ganó “la batalla”: los “enemigos” terminaron “aplastados”.³⁹ Recurre a expresiones y símbolos castrenses para referir sus enfrentamientos con la “historiografía legionaria”. Polemizó, además, con historiadores extranjeros opuestos a los intereses guaraníes (particularmente brasileros: “los negros” que habitan en la “sucursal del Africa”).⁴⁰ En 1948 consideraba que su ideal había triunfado. Se congratulaba de que Natalicio González –“un hijo de mi espíritu, uno que es como mi prolongación espiritual, que amo profundamente y me reverencia con gratitud”–⁴¹ ocupara en esos momentos la Presidencia de la República.

La “causa” de O’Leary recibió la adhesión de otros intelectuales paraguayos. Arsenio López Decoud comentaba a Herrera, en 1912, su propósito en “reivindicar nuestro pasado y desentrañar la verdad de entre el cúmulo de mentiras”. Destacaba la labor de “nuestro común amigo” Juan O’Leary.⁴² Quince años después, en 1927, Luis Alberto Pane agradecía al uruguayo el envío de varias obras de su autoría “sobre la debatida cuestión” de la responsabilidad de Bartolomé Mitre⁴³ en la guerra, “y digo debatida, porque para los ‘legionarios’, su obcecado fanatismo les impide reconocer su error”.⁴⁴ El revisionismo de O’Leary bebió también de una tradición patricia representada por Enrique Solano López. Este mantuvo contacto con Herrera durante la década de 1910. Su correspondencia ilustra la vigencia en Uruguay y Paraguay de una tendencia que comenzaba a superarse en Argentina y Brasil.

El Hijo del Mariscal apreciaba al descendiente de Juan José de Herrera⁴⁵ y tenía presente lo que una vez “Ud. se dignó escribirme [...]: de que con la publicación de su trabajo y del archivo de su señor padre, la memoria de los míos estaría más que justificada”.⁴⁶ Animaba a Herrera a enviar ejemplares de sus obras a Paraguay para reforzar la lucha de quienes estaban empeñados por “restablecer la verdad histórica”.⁴⁷ Se trata de un relato tendiente a justificar a los antepasados y convalidar acciones políticas del presente. Para imponer su interpretación del pretérito, López consideraba necesaria una “propaganda de reivindicación histórica”, a través de la prensa y la

³⁸ MHN. Archivo Luis Alberto de Herrera (en adelante: ALAH). Carta de Juan O’Leary a Luis Alberto de Herrera. Asunción, 4 de diciembre de 1923, c. 3639.

³⁹ MHN. ALAH. Carta de Juan O’Leary a Luis Alberto de Herrera. Madrid, 26 de mayo de 1926, c. 3642.

⁴⁰ MHN. ALAH. Carta de J. O’Leary a L. Alberto de Herrera. Asunción, 6 de enero de 1929, c. 3649.

⁴¹ MHN. ALAH. Carta de Juan O’Leary a Luis Alberto de Herrera. Asunción, 27 de agosto de 1948, c. 3678.

⁴² MHN. ALAH. Carta de Arsenio López Decoud a Luis Alberto de Herrera. Buenos Aires, 4 de enero de 1912, c. 3627.

⁴³ Bartolomé Mitre (1821-1906) fue un destacado político, militar e historiador argentino. Tuvo un rol fundamental en la geopolítica de los Estados de la Cuenca del Plata durante el siglo XIX.

⁴⁴ MHN. ALAH. Carta de Luis Alberto Pane a Luis Alberto de Herrera. Asunción, 20 de julio de 1927, c. 3643.

⁴⁵ Juan José de Herrera: diplomático uruguayo de destacada labor durante la década de 1860 que, entre otras actividades, fue enviado a Asunción por Presidente Bernardo Prudencio Berro para buscar el apoyo de Paraguay en la difícil coyuntura que se presentaba para el Estado Oriental.

⁴⁶ MHN. ALAH. Carta de Enrique Solano López a Luis Alberto de Herrera. Asunción, 17 de febrero de 1911, c. 3627.

⁴⁷ *Ibid.*

educación formal. Era preciso dominar “la conciencia popular, que nuestra propaganda se haga carne en el alma del pueblo”. Debía editarse un periódico que “sugestione a sus lectores” y logre “conmover la conciencia del pueblo”.⁴⁸ Los recursos y estrategias preconizados por el hijo del Mariscal se implementaron de manera sostenida y sistemática.

En 1914, comentaba a Herrera ciertas maniobras realizadas por el Ministro de Instrucción Pública –“un partidista de las ideas del Dr. Báez– en perjuicio de la acción docente de O’Leary, “con el propósito de contrarrestar el sentimiento nacionalista de sus alumnos”. Sentenciaba al final de la misiva: “todo será en balde, la simiente está produciendo sus frutos”.⁴⁹ La constatación devino en augurio y a mediados de siglo el “revisiónismo paraguayo” se transformó en historia oficial y excluyente. Pocas voces disidentes se escuchan en el archivo de Herrera. Apenas la de Juansilvano Godoy que, en una carta de 1913, calificaba a O’Leary de “desalmado plagista” y “mal nacido”,⁵⁰ que utilizaba la maledicencia y la intriga como armas para desacreditar a sus adversarios.

Juan Pivel Devoto fue uno de los referentes de la historiografía uruguaya del siglo XX. Sostuvo un significativo intercambio epistolar con destacados investigadores paraguayos de orientación liberal como Efraím Cardozo, Antonio Ramos, Ricardo Lafuente Machain (1882-1960) y Julio César Cháves. A su vez, Ricardo Lafuente Machain⁵¹ mantuvo un fluido intercambio informativo y documental con Pivel.⁵² A menudo le agradecía al uruguayo comentarios elogiosos a su obra y formulaba aclaraciones de carácter heurístico. Compartía con Pivel algunas ideas generales sobre las condiciones de vida en la campaña oriental en el siglo XIX. Lafuente se había ocupado del asunto “en unas notas biográficas de mi tío bisabuelo que fue Cura de las Víboras y gestionó el traslado del pueblo al actual Carmelo ordenados por Artigas”.⁵³ El comentario evidencia la pervivencia de enfoques propios de la historiografía patricia.

La correspondencia entre Pivel y Efraím Cardozo fue muy escueta. Se limita, en el período estudiado, a una carta sobre la edición de lo que sería el tomo XXI de la *Historia de América y de los pueblos americanos*.⁵⁴ En la misma, Cardozo informa a Pivel que sus trabajos compartirían el mismo tomo y le comenta su deseo de:

[...] armonizar algunos puntos, no sea que nuestros datos y conclusiones se den de cabeza. Así, por ejemplo, mucho me temo que en la apreciación de los hechos de 1864, en que los

⁴⁸ MHN. ALAH. Carta de E. Solano López a L. A. de Herrera. Asunción, 7 de julio de 1913, c. 3628.

⁴⁹ MHN. ALAH. Carta de Enrique Solano López a L. A. de Herrera. Asunción, 27 de julio de 1914, c. 3629.

⁵⁰ MHN. ALAH. Carta de Juansilvano Godoy a L. A. de Herrera. Asunción, 19 de junio de 1913, c. 3628.

⁵¹ Historiador y juriconsulto argentino, descendiente de paraguayos por línea materna. Estuvo muy vinculado con la historiografía guaraní. Dedicó buena parte de su producción a investigar asuntos relacionados con la tierra de sus ancestros.

⁵² Archivo General de la Nación de Uruguay (en adelante: AGNU). Archivo Juan Pivel Devoto (en adelante: AJPD). Carta de Ricardo Lafuente Machain a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 1 de enero de 1939, Caja (en adelante: C.) 322, c. 1318.

⁵³ AGNU. AJPD. Carta de R. Lafuente Machain a J. Pivel Devoto. Buenos Aires, 10 de noviembre de 1952, C. 324, c. 1331.

⁵⁴ Colección organizada por la Editorial Salvat (Barcelona). El volumen apareció en 1949, luego de largas postergaciones debido, fundamentalmente, a la situación que vivió España en las décadas de 1930 y 1940.

acontecimientos uruguayos tuvieron tan grave trascendencia para el Paraguay, nuestras opiniones no sean enteramente concordantes. Los elementos documentales que he reunido en torno a la actuación de la diplomacia blanca, [...] no me permiten juzgarla con el mismo espíritu con que lo hace Luis Alberto de Herrera. Estoy, por ejemplo, firmemente convencido de la enorme responsabilidad que incumbe al canciller Herrera por el desencadenamiento de la catástrofe. Claro está que, fiel a las normas científicas, el historiador no tiene por qué emitir juicios, pero estos han de fluir necesariamente de la mera enunciación de los hechos, documentalmente expuestos. ¿Hay el peligro de una colisión entre nuestros relatos? ¿Podríamos evitarlo?⁵⁵

Cardozo plantea una serie de reflexiones de alta densidad epistemológica. Deja en evidencia, además, la existencia de interpretaciones encontradas: una de cuño patricio y otra de carácter renovador (más autónoma y adherida a criterios heurísticos). Conoce la concordancia entre Herrera y O'Leary sobre los hechos. Presume que Pivel, perteneciente al partido de Herrera, podría estar de acuerdo con ella.

El destacado jurista e historiador Antonio Ramos mantuvo una relación epistolar con Pivel centrada fundamentalmente en el intercambio de documentos y material bibliográfico. De acuerdo a los datos obtenidos, la comunicación comenzó en agosto 1943. Le envió una carta a la que adjuntaba un folleto sobre *Correa da Camara en Asunción* y en la que anunciaba que estaba investigando en torno a la acción de Juan Andrés Gelly en el Río de la Plata. Le agradece cualquier información que pudiera remitirle sobre la actuación de Gelly en Uruguay.⁵⁶ En 1951 Ramos le escribió nuevamente al uruguayo para solicitarle una serie de cartas y notas de Gelly, correspondientes al período 1838-1843, que se encontrarían en la colección del Museo Histórico (tomo VII, "Donación Salterain"), de cuya existencia se había enterado por Eduardo de Salterain y Herrera. Le recuerda que estaba preparando un libro sobre la vida del personaje y que esos documentos le resultaban indispensables. La misiva es muy elogiosa en torno a la persona y méritos de Pivel. Ramos lamenta que no pudo conocerlo durante una estadía suya en Montevideo en 1947. Agrega, además, que le hubiera gustado "trabajar bajo su dirección en el Museo Histórico".⁵⁷ Anuncia su propósito de escribir sobre la vida de Artigas en Paraguay.

El 7 de agosto Pivel le respondió comprometiéndose a enviarle copia de los documentos solicitados. Ramos le agradece y le comenta que no recibió los ejemplares de la *Revista Histórica* ni del *Archivo Artigas* que Pivel le había prometido.⁵⁸ El uruguayo se demoró en cumplir su promesa. Ramos le reclamó con mucha cortesía los materiales pendientes:

[...] me permito hacerle recordar este asunto, tan importante para mí, rogándole al mismo tiempo, [...] me favorezca con la remisión de las mencionadas copias [...] esa documentación me es indispensable para poder completar mi estudio sobre Juan Andrés Gelly [...]. La laguna de la información que poseo acerca de la vida agitada de este ilustre paraguayo, radica precisamente en la época en que pasó en el Uruguay. Le ruego igualmente se sirva excusarme por esta molestia, que sólo me he permitido hacerle

⁵⁵ AGNU. AJPD. Carta de Efraím Cardozo a Juan Pivel Devoto. Buenos Aires, 8 de julio de 1941, C. 322, c. 1320.

⁵⁶ AGNU. AJPD. Carta de Antonio Ramos a J. Pivel Devoto. Asunción, 14 de agosto de 1943, C. 322, c. 1322

⁵⁷ AGNU. AJPD. Carta de A. Ramos a J. Pivel Devoto. Asunción, 23 de julio de 1951, C. 324, c. 1330.

⁵⁸ *Ibid.*

amparado en su reconocida gentileza y en mi deseo de servir al mayor esclarecimiento la historia del Río de la Plata y Paraguay.⁵⁹

La respuesta de Pivel siguió postergándose. Ramos le envió una nueva comunicación el 7 de abril, transcribiendo el meollo de la misiva del 11 de febrero y disculpándose por ser “cargoso y molesto”.⁶⁰ Siguió sin obtener respuesta. El 9 de junio mandó otra carta reproduciendo las anteriores.⁶¹ El 23 de junio Pivel respondió. Le anunciaba el pronto envío en microfilm de las copias solicitadas y le hizo una consulta referida a la existencia de una posible documentación sobre las razones por las cuales Artigas no quiso regresar a Uruguay.⁶²

Julio César Chaves, historiador de destacada actuación, mantuvo una correspondencia formal con Pivel vinculada a cuestiones bibliográficas y documentales. Le escribe a partir de 1956, luego de regresar a Asunción una vez culminado el exilio, en calidad de Presidente del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas y con el propósito de estimular el intercambio bibliográfico. Le agradece la remisión de la *Revista Histórica* y le solicita que envíe los números atrasados para incorporar a la biblioteca del Instituto. Ofrece amplia reciprocidad intelectual. Enterado de que estaba preparando un libro sobre Antonio de las Carreras le comunica que tiene documentos y notas que le podrían ayudar y los pone a su disposición. Anuncia el pronto envío de un libro que tiene en prensa sobre *El General Díaz*.⁶³ Las comunicaciones siguientes giran sobre temas similares relacionados con documentos sobre Antonio de las Carreras o nuevos materiales que solicita Pivel relacionados con el destino de los restos de Artigas. Le anuncia, en una carta del 16 de diciembre de 1956, la inminente aparición del *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*.⁶⁴

La correspondencia intercambiada entre los historiadores paraguayos y Pivel giró íntegramente en torno a cuestiones heurísticas. No hay referencias sobre asuntos políticos o ideológicos como los que aparecían en el epistolario de Herrera. Pivel y Herrera pertenecían al mismo partido político. Compartían una ideología nacionalista y concebían la historia con cierta perspectiva instrumental. Pero los intereses más localistas y heurísticos de Pivel lo alejaban de la historia patricia y de reivindicación familiar encarada por Herrera. O’Leary, por ejemplo, se mantuvo al margen del circuito de Pivel. Prefirió vincularse con Herrera con quien sentía afinidad intelectual y personal.

Si bien los conjuntos epistolares estudiados muestran que los intercambios de correspondencia entre autores paraguayos y uruguayos tocaron temas diversos y, en un volumen significativo, se referían a cuestiones teórico-metodológicas, evidencian con claridad el peso de la “propaganda” revisionista motorizada por O’Leary, que contó con recursos oficiales para imponerse. El sociolecto “enchrático” paraguayo, por utilizar un

⁵⁹ AGNU. AJPD. Carta de A. Ramos a J. Pivel Devoto. Asunción, 11 de febrero de 1952, C. 324, c. 1331.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ *Ibid.*

⁶² *Ibid.*

⁶³ AGNU. AJPD. Carta de Julio César Chaves a J. Pivel Devoto. Asunción, 12 de setiembre de 1956, C. 325, c. 1335.

⁶⁴ *Ibid.*

término de Roland Bart⁶⁵, adquirió así una dimensión excluyentemente historicocéntrica, relegando con ello a un plano secundario modalidades alternativas de producción de sentido tales como las artísticas.⁶⁶ Esto se potenció tras la victoria frente a Bolivia en la Guerra del Chaco.⁶⁷

Los acontecimientos de febrero de 1936 inauguraron una larga etapa de gobiernos autoritarios. A partir de entonces quedaron soslayadas las interpretaciones de autores como Blas Garay o Cecilio Báez, se impusieron las de Juan Natalicio González y Juan O’Leary. Por un decreto de marzo de 1936, Francisco Solano López fue declarado “Héroe nacional sin ejemplar” y se declararon “cancelados para siempre de los Archivos Nacionales, reputándose como no existentes, todos los decretos-libelos dictados contra el Mariscal” desde 1869.⁶⁸ A partir de entonces, y fundamentalmente desde 1954, se cristalizó e impuso un *habitus* que favoreció el nacionalismo historiográfico belicista y excluyente. Los autores que representaban tendencias alternativas, adscriptos al liberalismo, actuaban epistemológicamente en los márgenes del espacio historiográfico y se encontraban, a menudo, exiliados. Carecían de recursos para que su interpretación permeara a la opinión pública. Los circuitos de intercambio intelectual no funcionaron para la historiografía paraguaya como espacios eficaces para transformar los paradigmas hegemónicos: los recursos de la prensa, el sistema educativo y el aparato gubernativo coadyuvaron a la imposición del *habitus* nacionalista excluyente. Los esfuerzos de los historiadores liberales chocaron contra unas condiciones políticas y un clima ideológico que no favorecían el libre tránsito de ideas.

b) *Referentes extranjeros en instituciones académicas de Paraguay*

El desarrollo del conocimiento histórico en los Estados de la región platense se vio favorecido por los aportes de especialistas extranjeros. Fueron importantes, por ejemplo, las contribuciones de Rafael Altamira en Argentina; Fernand Braudel en Brasil; y los argentinos Emilio Ravignani y José Luis Romero en Uruguay. El fenómeno también se registró en Paraguay a través de la participación del argentino Enrique de Gandía en la fundación del IPIH, así como de la colaboración del brasileño Guy de Holanda en la etapa inicial de la Facultad de Filosofía. Los efectos de tales aportes no resultaron demasiado significativos.

⁶⁵ Como señala Barthes, el discurso encrático es funcional y operativo respecto a los intereses de los sectores socialmente hegemónicos y además pretende imponer sus contenidos a través de los medios con que cuenta el Estado (sistema educativo, prensa, museos, e instituciones públicas en general, entre otros). Es difuso y masificado, difícilmente reconocible, influye en las clases subalternas y contribuye a conformar la opinión pública. El discurso acrático, por contraste, es paradójico pues se enfrenta a la *doxa* –la opinión general– generada por el lenguaje encrático. Ambos sociolectos tienen códigos asumidos por sus adherentes que pautan las formas de expresión y comportamiento; rechazan a los que están fuera y brindan seguridad e identidad a quienes están dentro. Cada uno contiene un lenguaje político (Roland Barthes, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* [Barcelona: Paidós, 1994]).

⁶⁶ Liliana Brezzo, “Tan necesaria, tan desconocida, tan eficaz para la historia del Río de la Plata: algunos pasos recientes de la historiografía en Paraguay”, *Interpretaciones. Revista de Historiografía Argentina*, 2 (2007): 2 (1-11).

⁶⁷ Conflicto armado entre Bolivia y Paraguay que se desarrolló entre 1932 y 1935. Se originó por disputas territoriales y culminó con la victoria de Paraguay.

⁶⁸ Milda Rivarola, “Filosofías, pedagogías y percepción”, 42.

La creación del IPIH debe contextualizarse en el marco de la inmediata posguerra del Chaco. Este conflicto demandó la concurrencia de historiadores y juristas con el propósito de obtener la documentación necesaria para “probar la justicia de la demanda paraguaya”.⁶⁹ La causa guaraní tuvo en Enrique de Gandía (1906-2000) un destacado colaborador que expuso y fundamentó sus argumentos en dos libros destacados: *Límites de las gobernaciones sudamericanas en el siglo XVI* (1933), y *Los derechos del Paraguay sobre el Chaco Boreal y las doctrinas del uti possidetis en el siglo XVI* (1935). Estos aportes le granjearon la simpatía de buena parte de la intelectualidad paraguaya. En 1937 de Gandía viajó a Paraguay. Llegó a Asunción el 15 de agosto, en un clima de profunda agitación política (hacía dos días que se había producido el derrocamiento del coronel Rafael Franco, y el jurista Félix Paiva ocupaba la primera magistratura). Fue recibido con grandes muestras de aprecio. Se lo consideraba un “nuevo Alberdi”, un amigo de Paraguay.⁷⁰ Permaneció quince días en Asunción. Participó de diversos eventos y dictó varias conferencias, otorgándole la UNA el título de *Doctor Honoris Causa*.

Liliana Brezzo destaca que poco después de su llegada, Enrique de Gandía reunió a un grupo de “amigos historiadores” en el Hotel Colonial y les propuso la fundación de una Academia o de un Instituto dedicado a investigaciones históricas, inclinándose la mayoría de los asistentes por esta última denominación. De este modo, el 15 de agosto de 1937 se levantó un acta y se declaró constituido el Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas (IPIH). Se designó presidente honorario, por unanimidad, a Enrique de Gandía.⁷¹ La nueva institución se rodeó de destacados intelectuales y contó con el respaldo de las autoridades educativas. El nombramiento de correspondientes en el extranjero contribuyó a darle legitimidad y favorecer el intercambio intelectual. El IPIH desempeñó un rol muy importante, pero sus logros estuvieron constreñidos por algunos elementos que conspiraban contra la cristalización de un campo disciplinario: a) un cierto aislamiento de las novedades “que fueron acompañando la práctica de la historia en esos años en Europa y en algunos países de América”;⁷² b) el efecto inercial ejercido por un nacionalismo que, a diferencia de lo sucedido con sus vecinos, fue un estadio no superado; c) mientras que en otras realidades las corporaciones del tipo academicista perdieron importancia, en función de los avances de la profesionalización operada en las universidades, en Paraguay no sucedió lo mismo.

La Facultad de Filosofía de la UNA contó, durante la etapa inicial de su existencia, con el apoyo de la Embajada de Brasil y de la Misión Cultural Brasileña. Esta colaboración debe ubicarse en el marco de la diplomacia cultural de Brasil. Respondía a una estrategia de proyección en América Latina de su lengua y cultura.⁷³

⁶⁹ Liliana Brezzo, “La Academia Paraguaya de la Historia. Entre la sociabilidad y la historia erudita (1937-1966)”, *Actas del 55 Congreso Internacional de Americanistas* (San Salvador: Universidad Francisco Gavidia, 2015), 3 (1-27).

⁷⁰ Referencia a Juan Bautista Alberdi (1810-1884), político, intelectual y jurista argentino, conocido como uno de los principales defensores de la “causa paraguaya” durante la Guerra de la Triple Alianza.

⁷¹ Liliana Brezzo, “La Academia Paraguaya”, 10.

⁷² *Ibid.*, 24.

⁷³ “A fines de la década del 50, estos programas habían sido implantados en cuatro ciudades sudamericanas: el primero fue en Montevideo en 1940; el segundo en Asunción en 1943, luego Buenos Aires en 1954 y posteriormente en La Paz en 1958” (María Amalia García, “Modelos de

Hitos fundamentales de este proceso fueron las visitas de Getulio Vargas a Asunción (1941) y la de Higinio Morínigo a Río de Janeiro (1943). Como resultado de las mismas se apreció un mejoramiento notorio en las relaciones entre ambos Estados y la firma de convenios que incrementaron la cooperación mutua. En este marco se produjo la contratación de Guy de Hollanda (1913-1975) para colaborar en la Sección Historia de la Facultad de Filosofía.

Guy de Hollanda fue un intelectual polifacético, de origen carioca, con sendos doctorados en Derecho e Historia y tecnicaturas en Educación y Bibliotecología. Llegó a Paraguay en 1942, se integró en la Misión Brasileña y se arraigó fuertemente en el país, casándose con una paraguaya y permaneciendo en el país hasta 1956. Desempeñó una intensa actividad cultural en diversos ámbitos: en la Escuela de Humanidades fue docente, entre otras, de una materia clave como Introducción a los Estudios Históricos; luego, cuando se fundó la Facultad coordinó la carrera de Historia, y posteriormente, el doctorado. Crónicas de época destacan su afán “en la formación científica de los futuros investigadores” a través de una labor teórico-práctica en el Archivo Nacional.⁷⁴ Como resultado de sus indagatorias publicó, durante su residencia en Asunción, algunos trabajos interesantes en los que conjugaba la documentación original con la crítica historiográfica. Se destacan en particular, “Los españoles y las castas”⁷⁵ y “Antequera y los comuneros en la historiografía paraguaya”.⁷⁶ En reconocimiento a sus aportes, las autoridades universitarias le otorgaron en 1957 el título de *Doctor Honoris Causa*.

Las contribuciones de Enrique de Gandía y de Guy de Hollanda en pro de la institucionalización y profesionalización de los estudios históricos en Paraguay fueron interesantes pero no significativas. Los espacios de interfaz que debieron acoger sus aportes no funcionaron adecuadamente. No se trató de dificultades de recepción, sino de carencia de condiciones favorables para que dichos aportes adquirieran mayor notoriedad. La contribución de Enrique de Gandía fue puntual y cumplió un rol meramente “motivacional”, no implicó una acción sostenida. Guy de Hollanda operó por más tiempo y en el marco de una misión oficial, pero lo hizo durante un período autoritario que no propiciaba la innovación epistemológica o técnica. Debe señalarse, además, que ninguno de los dos tenía el prestigio intelectual ostentado por protagonistas de experiencias análogas como Altamira o Braudel. Carecían del “peso específico” necesario como para que sus aportes permearan el espacio historiográfico asunceno y contribuyeran a la configuración de un campo disciplinario.

Conclusión

Las evidencias indican que a mediados del siglo XX se completó el proceso de configuración de los campos historiográficos en Brasil, Argentina y Uruguay. En esos lugares se procesaron de manera efectiva las sinergias entre las demandas endógenas y

internacionalismo y modernidad. Las artes plásticas paraguayas en la encrucijada brasileña”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/67182> [consulta 16 julio 2016].

⁷⁴ Anónimo, “Guy de Hollanda”, *Panorama. Arte. Ciencia. Letras. Actualidad*, 14 (1954): 2.

⁷⁵ Guy de Hollanda, “Los españoles y las castas”, *Historia Paraguaya. Anuario del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas*, 1 (1956): 69-76.

⁷⁶ Guy de Hollanda, “Antequera y los comuneros en la historiografía paraguaya”, *Panorama*, 14 (1954): 4-6.

los acicates exógenos. En Paraguay los espacios de interfaz estuvieron condicionados por factores que provocaron fricciones y obstaculizaron el desarrollo pleno del conocimiento histórico. El 10 de abril de 1948, en el acto de inauguración de los cursos de la Facultad de Filosofía, el Dr. Juan Vicente Ramírez (decano interventor) invitó a los asistentes:

[...] a meditar el significado de este minuto solemne en que bajo nuestro cuidado y responsabilidad, inicia sus primeros pasos la Facultad [...]. Es de absoluta necesidad que estos pasos iniciales los realice con acierto [...], porque de ellos dependerá en gran manera su destino. Si los da con fortuna, tiene asegurado el porvenir [...]. En cambio, si comienza a andar por senderos equivocados, costará doble esfuerzo para reparar el error y continuar después por el buen camino.⁷⁷

El contexto político autoritario y los condicionamientos de un *habitus* de nacionalismo excluyente conspiraron contra el normal funcionamiento de las actividades académicas. La enseñanza y la investigación estaban bajo sospecha. Los espacios de interacción e intercambio –academias, institutos, centros de formación superior, redes interpersonales– estuvieron constreñidos por factores que inhibieron la posibilidad de que los agentes definieran de manera autónoma un conjunto de reglas que rigieran la competencia y el “juego” entre ellos (en procura de la hegemonía epistémica). La configuración del campo disciplinario, por consiguiente, se postergó.⁷⁸

En 1978, en un editorial de *Historia Paraguaya*, el autor constataba la necesidad “de documentar claramente las afirmaciones” pues “si toda una página se basa en determinado autor y sólo se entrecomilla una frase para la cita, [...] se incurre en plagio. La cita debe ser completa [...]. Lo mismo cabe afirmar respecto de los documentos”.⁷⁹ La reflexión sorprende por su candidez heurística y sugiere la carencia, en una fecha tan tardía como 1978, de consensos metodológicos elementales. En Paraguay, ni los circuitos de intercambio establecidos por los investigadores guaraníes con colegas extranjeros, ni el aporte de historiadores como Enrique de Gandía o Guy de Hollanda, funcionaron como recursos eficaces para transformar los paradigmas hegemónicos. El peso inercial de la propaganda revisionista y del *habitus* hegemónico galvanizaron los espacios de interfaz inhibiendo “porosidades” capaces de recibir influjos renovadores.

Profile

Tomás Sansón Corbo es licenciado en Historia por la Universidad de la República (Uruguay) y doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (República Argentina). Docente en Régimen de Dedicación Total de la Universidad de la República (UDELAR) y miembro activo del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (SNI-ANII), es responsable del proyecto *Historia comparada de la historiografía rioplatense en los siglos XIX-XX*.

⁷⁷ M. M. de López Moreira, *Evolución histórica*, 48.

⁷⁸ En función de su capital cultural y peso funcional.

⁷⁹ Anónimo, “Hay que publicar las fuentes”, *Historia Paraguaya. Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia*, 16 (1978): 13-5.

Tomás Sansón Corbo graduated in History at the Universidad de la República (Uruguay) and has a PhD in History at the Universidad Nacional de la Plata (Republic of Argentina). Full-time professor in the Universidad de la República (UDELAR) and active member of the National System of Researchers from the National Agency of Research and Innovation (SNI-ANII), he is a person in charge of the project *Comparative history from the historiography of the River Plate region in the 19th and 20th centuries*.

Fecha de recepción: 23 de septiembre de 2017.

Fecha de aceptación: 20 de diciembre de 2017.

Publicación: 30 de junio de 2017.

Para citar este artículo: Tomás Sansón Corbo, “La configuración del campo historiográfico en Paraguay (primera mitad del siglo XX). Condicionamientos estructurales y monopolio interpretativo”, *Historiografías*, 13 (enero-junio, 2017): pp. 55-73.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/13/corbo.pdf>